

LA FLORESTA ANDALUZA,

DIARIO DE LITERATURA Y ARTES.

NUMERO 7.

SEVILLA, VIERNES 7 DE ABRIL DE 1843.

PRIMERA SERIE.

Seccion primera.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LOS TEMPLARIOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Mucho tiempo hacía que circulaban en Francia sordos rumores contra la órden religiosa y militar de los Templarios, cuya existencia se remontaba á los mas remotos siglos, y cuyo poder y riqueza iba aumentándose de dia en dia. Los caballeros del Temple, que habian derramado su sangre en cien batallas, ilustres por otras tantas victorias y á quienes la Palestina, teatro de tan gloriosos hechos, contaba en el número de sus mas ardientes defensores, veíanse ahora acusados de libertinos, de idólatras y señalados como blasfemos del nombre de Cristo.

Trasladándose á unos tiempos, en que

las convicciones religiosas ejercian todo su imperio, en que los reyes daban desde su trono el ejemplo de las mas cristianas virtudes, en que los pueblos á la voz de un solitario, ceñido de un hábito humilde, se precipitaban, como torrentes en aquellos países, cuna del mundo y de la civilizacion, donde la muerte de un hombre que no recibió de la humanidad sobre que humillaciones y sufrimientos, pero cuyas virtudes sobrenaturales mostraban su mision celeste, habia cambiado la faz del globo; trastornando todas las creencias, y alentando todas las esperanzas desde el infame suplicio, que su sangre glorificara; no habrá quien se admire del asombro, de la consternacion que los pueblos experimentaron al saber que los Templarios, los nobles defensores de la cruz y el trono, los bravos adalides de la fé, hollaban la sagrada creencia, y blasfemaban del nombre de Cristo.

Ocupaba á la sazón Clemente V la silla pontifical y recordando los servicios importantes, que á la cristiandad prestaba la órden del Temple, sin olvidar los que aun podian esperarse de su valor y lealtad, no cedió fácilmente á unos rumores, que tal vez en el fondo no fueran mas que calumniosas acusaciones. Asi es que en

la entrevista que Felipe el Hermoso tuvo en Leon con el sucesor de san Pedro, para comunicarle las sospechas, que abrigaba contra aquella intrépida milicia, el soberano de la triple corona, aconsejó al noble rey de Francia, que obrase con la mas grande circunspeccion en un asunto tan delicado y que tan funestos efectos podia producir.

Sucedió en aquel mismo año que un tal Squin de Florian, natural de Beziers y un Templario apóstata, fueron arrestados por sus crímenes, en un castillo real de los alrededores de Tolosa, y encerrados juntos en una obscura prision. Los remordimientos, que atormentaban su conciencia, no les dejaban la mas remota esperanza de librarse del castigo, que habian merecido, y muchas noches en que el sueño hufa de las heladas losas de su fétido calabozo, la muerte se presentaba á la imaginacion de entrambos, aterradora y amenazante, ofreciendo á su vista el sangriento acero con que desgarraran el seno de sus víctimas. Estos desgraciados viendo cercana la hora fatal, que debia poner término á sus pesares y remordimientos, se confesaron mutuamente sus hechos, segun el uso de aquellos tiempos. Las revelaciones, que Squin recibió del Templario le aterraron hasta el punto de solicitar una entrevista con el gobernador de la fortaleza, al cual hizo presente que siendo de una naturaleza capaz de interesar poderosamente al rey Felipe los secretos, que su compañero acababa de confiarle, importaba en extremo que él mismo los comunicara al soberano, añadiendo que de esta revelacion dependia quizá la suerte de todo el reino.

El noble alcaide hizo cuanto pudo para obtener algunas aclaraciones de su prisionero, pero el astuto Squin habia entrevisto una tabla de salvacion y se habia agarrado á ella con todas las fuerzas de su alma, como el náufrago se ase al débil leño que ha de librarle del furor de las olas. Squin, juró que solamente el rey tendria conocimiento de la confesion del Templario apóstata y conducido al momento á Paris, fué

llevado secretamente á la presencia de Felipe el Hermoso. Este príncipe, apesar de la prevencion que abrigaba contra la órden de los Templarios, se heló de terror al escuchar las impiedades y los excesos horribles que el caballero habia confesado al compañero de sus crímenes. Inmediatamente mandó arrestar á algunos Templarios, que se encontraban entónces en Paris, é interrogados que fueron, confirmaron todos bajo juramento la verdad de los hechos, que el caballero preso en el castillo de Tolosa habia confesado á Squin y que este reveló al soberano. r. DEL C.

Seccion tercera.

Los doce triunfos del Cartujano,

POEMA MÍSTICO DEL SIGLO XVI.

ARTICULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior observamos que en esta obra se encuentran muchas palabras puramente latinas y otras enteramente corrompidas por la incuria de los tiempos ó por la ignorancia de los escritores. Parécenos, pues, conveniente el citar aqui, antes de que pasemos á otras observaciones, algunas de ellas: póngamos las que primero nos vengan á las manos. Usanse en todo el poema copiosamente las voces *coruscar, gridar, suflar, otear, fuscar, depingar* y otras muchas, como verbos, y las palabras *debelante, minace, insonte, densiore, prestigivante, latinante, seniores, deciplo, virente, viagio, flato* (viento) *artimon, gemada, ribaldo, climate, clientulo, soñolincia* y otras, como modificativos y nombres, haciendo la lectura difícil y de oscura inteligencia. Respecto á los giros y frases pudieramos tambien presentar muchos ejemplos; mas baste el siguiente, sacado al acaso del capítulo VII del triunfo V, para probar lo que antes dijimos:

Por ende vosotros, que vais contemplantes
Los altos misterios del Omnipotente.

Hemos considerado el poema de *Los doce triunfos del Cartujano*, bajo este aspecto porque dándose el nombre de Homero y Dante ese

pañol á este poeta, hubiera sido una injusticia juzgarle conforme á semejantes títulos, debiendo usar por tanto de la severidad, que la crítica exige en todo juicio literario. Visto, pues, que el Cartujano, ó bien demasiado adicto á la escuela antigua española, ó bien deseoso de que su poema fuese de pocos entendido, no adelantó paso alguno respecto al language y á las formas poéticas, serán mas fácil dar nuestro fallo sobre una obra, que no se presenta ya á nuestra vista con las pretensiones, que se le atribuyen. Examinaremos *Los doce triunfos* mas bien como una obra escrita en el siglo XV, que como una muestra de la poesía española á principios del XVI.

Pero antes de que tratemos de su argumento, y de los medios empleados para llevar á cabo el pensamiento fundamental; nos parece justo el observar tambien que dicho poema se halla sembrado, digámoslo así, de giros poéticos y de palabras gráficas de la mejor buena ley y grato sonido; y así como en nuestro artículo precedente indicamos que la obra del Cartujano no podia considerarse como un adelanto en el arte encantadora de la poesía, así tambien procuraremos avalorar equitativamente las bellezas, que respecto al indicado punto encierra.

Dos cosas pueden sacarse en claro del examen filológico de esta obra: primera que nuestro language poético ha perdido mucho de su riqueza y lozanía, á medida que ha ido adelantando el idioma: segunda que hemos desechado sin el conveniente exámen muchas palabras de bella y sonora construccion y de estrecha y severa etimología. Para que estas observaciones lleven algun fundamento, no será fuera de propósito el trasladar á este sitio algunas muestras. Oigamos, pues, las siguientes:

Mis lúcidas lumbres en agua bañadas.

.....
Pielago rubente (sangriento) lira dulcisona, Gelidos mares, oscuros boscajes, pastoría, Invido dolo, serénico cielo, aurora lumbrosa, Semblante nítente, acen-tos consonos, aspero Roquedo, selva manante,
y otras muchas palabras y maneras de decir, que si bien participan del mismo sabor, que todo el poema, no por eso debieran haber caído en desuso. Advertimos tambien que el language poético de aquella época distaba en gran manera del prosaico y esto no puede ménos de revelarnos el gran estudio, que se hacía entónces del arte. Es verdad que en nuestros dias no tenemos necesidad de aquellas licencias, para que el language sea verdaderamente poético, la elocucion ardiente, ni la diction severa; y que ahora serian casi intolerables. Pero no desistiremos por esto de la idea, sugerida por la lectura de los *Los doce triunfos*.

Creemos que bien pudieran usarse muchas palabras sin que desmereciese en nada el len-

guage poético de nuestra época; y que antes al contrario recibiría mas lozanía, admitiendo aquellas voces de buena formacion y ley, que están al alcance de todos los lectores. De aquel número pudieran ser las citadas arriba, en especial las palabras *nítente, dulcisono, manante y consono*, á las cuales pudieramos añadir otras muchas, que por no aparecer difusos no hemos trasladado á este lugar.

Encuéntanse tambien en esta obra multitud de idiotismos, que hacen triviales y pueriles la mayor parte de las comparaciones y que enervan en gran manera la fuerza de las frases. En esto vemos una prueba mas de lo que al principio asentamos. Pero creemos que este defecto es muy digno de censura por ser contrario al objeto, que el autor pareció proponerse. «Grandes historias claras y oscuras é intrincadas materias, escribe al fin del prólogo, van por esta contemplativa obra; la cual con su autor se somete á la correccion y determinacion de los católicos doctores, cuanto á lo divino, y á los discretos poetas y oradores cuanto á lo humano.» Aunque á primera vista parece no tener pretensiones ulteriores sobre su poema, nótese, sin embargo, en su modestia cierta seguridad y conocimiento del mérito de la obra. Supuesta pues esta asercion, no anduvo muy acertado el Cartujano, usando de los idiotismos con la abundancia que lo verifica, si bien pudiese ser permitido para llevar á cabo la idea, que al fin del artículo primero le hemos atribuido, cometer de cuando en cuando alguno de ellos.

Ménos perdonable nos parece en un poeta cristiano y que estaba entregado profundamente al estudio de las letras sagradas, la mezcla viciosa, cuando no ridícula, que hace de la mitología pagana con la religion cristiana y sus misterios. No serémos nosotros los que repudiamos de todo punto el uso de la mitología: sabemos que los nombres de las deidades de aquel sistema han sido usados por nuestros poetas mas esclarecidos como símbolos y bajo este aspecto no hay duda en que dan mucho realce al language de la poesía. Las palabras *Marte y Venus*, por ejemplo, esplican perfectamente dos ideas en estremo poéticas y que espre-sadas de otro modo no lo serian en tal grado.

Mas no por esto convendrémos nunca en que, al tratar de los misterios de nuestra religion, misterios que no han menester de atavios para ser grandes y sublimes, sea lícito usar de los dioses de la Grecia, ni del Egipto. Cuando en la obra, que vamos analizando, leemos la décimasesta estrofa del capítulo VII del triunfo V, no podemos contener la severa indignacion, que en nosotros se despierta. Va hablando de la quinta boca del infierno, en donde penan sus crímenes los homicidas: al presentarse el Cartujano,

acompañado de san Pablo, vienen corriendo los centauros, que mortificaban á los condenados para saber quienes eran los nuevos huéspedes:

Si vienen, decian, con fuerza divina
Para librarlos del mal del averno:
Así como Cristo sacó del infierno
Los padres con fuerza deífica trina?
Si quieren aquestos tener la rapina,
Que los compañeros acordes tentaron,
Cuando las puertas internas entraron
Para sacar á la gran Proserpina
De los abismos, que nunca hollaron?

Es indudable que la equiparacion, que hace el poeta de uno de los mas elevados misterios del cristianismo con la fábula de Céres, Plutón y Proserpina, léjos de dar realce á la situacion, le presta un colorido falso, concluyendo por ponerla en ridículo. Pero este es defecto, que en todo el poema se nota y que provino tal vez en el Cartujano, así como en casi todos nuestros poetas que no han usado de la fábula con la templanza debida, mas bien del deseo de ostentar sus conocimientos históricos que de ignorancia, siendo ademas la pesadilla de su época.

Digno es tambien de censurarse el ascenso, que dió en su obra nuestro Cartujano á las supersticiones, que dominaban al vulgo en su tiempo, supersticiones que debiera haber repudiado un hombre tan docto é instruido como él. Pueden las preocupaciones dar consistencia á la tradicion vaga é indeterminada de un pueblo; pero no servir de apoyo á los misterios y revelaciones de una religion tan santa, como la de Cristo, no servir de fomento á las ideas sublimes, que las contemplaciones ascéticas despiertan en el corazon del hombre crédulo é iluminado por la fé de sus mayores.

La religion cristiana es sublime, es divina por sí sola, sin necesidad de tradiciones absurdas, ni de milagros que la ofendan, ni de supersticiones, que la desfiguren. Por esto no hemos querido pasar en silencio esta observacion; y aunque para la defensa del Cartujano puede responderse, que adoptó las tradiciones religiosas de su tiempo, no se destruirá en modo alguno el hecho de que escribía para que le juzgasen los doctores católicos. Suponer que estos participaban de los agüeros y falsas creencias del vulgo, seria hacer á la España del siglo XVI la mayor ofensa imaginable.

Contrastan admirablemente con estos errores las muchas bellezas del poema, el estro con que todo él está escrito y principalmente los copiosos conocimientos, que adornaban al Cartujano. El estudio vasto y profundo de la historia sagrada y profana, de la geografia y cosmografia universal, que hizo este docto

monje, le hace tambien recomendable y viene á confirmar lo que habiamos indicado anteriormente. Pocos son los errores en que, al tratar de estas materias incurre, ostentando en todo el poema una exquisita erudicion. Pero, no por esto olvidaremos el apuntar que debiera haber andado ménos prodigo en las descripciones cosmográficas y en las narraciones históricas; porque aunque en este poema, como mas adelante advertiremos, no se encuentra un plan dramático combinado severamente, no por eso dejan aquellas de mermar el interes, que en el lector despierta su lectura.

Hemos señalado los defectos de *Los doce triunfos* tal vez con demasiada severidad, atendido el propósito que hicimos al comenzar estos artículos, é indicado al par sus bellezas de lenguaje con demasiado calor. Pero esto probaria en todo caso, si nos hemos excedido, que nuestro juicio ha sido imparcial en extremo. Mas adelante nos haremos cargo del argumento del poema, y espondrémos algunas muestras poéticas de él, completando así, en cuanto nos sea posible, el estudio, que nos propusimos hacer de esta obra tan rara y escasa entre nuestros literatos.

J. A. DE LOS RIOS.

La Redencion.

SONETO.

Cuando del pecho á la garganta helada
Sube de Cristo el postrimer aliento,
Paran los orbes su feliz contento
Y absortos miran la fatal jornada,
Del ángel malo en la infeliz morada
Suena aquel ay en tremebundo acento,
Y nuevas penas con tenaz tormento
Su mente agovian de terror postrada.
Mas luego alzando la incendiada frente
De sierpes nido y de furor insano:
«¿De qué os sirviera, maldecida gente
«El dulce fruto, que os brindó mi mano?»
Dice, y bramando de dolor profundo
Al Dios maldice Redentor del mundo.

R. MARIA BARALT.

IMPRESA DE ALVAREZ Y COMPAÑIA.